



Xelo Candel, *Mientras las nubes arden*, Sevilla, Renacimiento, 2018, 84 pp.

Arcadio López Casanova

Universidad de Valencia, España

Después de unos años de fecundo silencio, Xelo Candel nos trae *Mientras las nubes arden*¹, un muy destacado poemario que, entre tanta voz ecoica y tanto libro fungible, de usar y tirar, nos evidencia su madurez creadora (que, por fortuna, ha tenido ya merecidos reconocimientos) y a la poeta honda y verdadera que es.

Un libro que no es un mero conjunto de poemas, sino que se nos ofrece como un acabado *macrotexto poético*, esto es, como un todo, un cuerpo artístico sabiamente organizado, en el que nada falta ni sobra, nada es elemento muerto o vacío; bien al contrario, desde su *diseño* más externo a su más honda y escondida palabra, todo tiene –alcanza– valor significativo, pertinencia expresiva. Todo nos “dice” algo, que así debe ser –plena, perfecta– la obra de arte del lenguaje.

Y lo comprobamos desde su propio título o indicador paratextual, que nos lleva al final del poema primero (“pasajeros/ incendiados, dioses de un mismo cauce./ mientras arden las nubes”) y a la cita de Claudio Rodríguez del poema penúltimo (“Un día habrá en que llegue hasta la nube”).

Y es que esas “nubes” vienen a emblematizar, como símbolo de lo ascensional y celeste, nuestros más altos, vivificadores, sublimadores anhelos, y “arden” –el fuego o poder solar que las incendia– la luz y el calor que en nuestro corazón, en nuestro reino interior con pasión y fulgor de vida los sostiene.

En su perfecto *diseño*, el poemario se articula en cuatro partes numeradas con romanos y cada una con su título identificador. Y si atendemos a esos títulos –que para algo están–, descubrimos que, de hecho, el libro queda organizado en una tensa simetría opositiva, pues las partes primera/ segunda (“Ser silencio”/ “Ser noche”) se oponen a la tercera /cuarta (“Ser palabra”/ “Ser mañana”). Más todavía: esa tensión o contraste de –diríamos– *negatividad vs positividad*, todavía se intensifica con la relación cruzada de las partes impares (“silencio/ palabra”) y de las pares (“noche/ mañana”).

Pero aún hay más sorpresas en el *diseño* del poemario. Curiosamente, las partes de la *negatividad* –primera/ segunda– tienen el mismo número de poemas [11]; las partes de la *positividad* –tercera/ cuarta– son recurrentes sobre el [12]. Y bien sabemos que los números –como los colores o las flores– tienen una virtualidad simbólica que viene dada o determinada por tradiciones religiosas, culturales, sociales, etc.

Pues bien, el [11] es número negativo (rompe, excede el denario) y viene entonces a emblematizar *la lucha interior, la disonancia, el conflicto*; por su parte, el [12] es el número del *desarrollo cíclico espacio-temporal*, número que marca una *evolución*, una *transformación*. Recordemos, pues, lo que el *diseño* del libro nos propone: dos bloques contrastivos, uno de *negatividad* organizado sobre el número [11] (*lucha interior, conflicto*) y otro de *positividad*, montado –éste– sobre el número [12], i.e., *evolución, transformación*.

Tan acabado *diseño macrotextual* nos orienta, además, hacia la estructura interior o de sentido. La repetición de “SER” en los títulos de las cuatro partes, nos debe hacer entender que este poemario de Xelo Candel es, con propiedad, un *diario* en el que predominantemente habla –y se realiza– el “yo lírico”, que en ocasiones se desdobra, crea una *imagen en el espejo* y desarrolla así un distanciador monólogo autorreflexivo (“El huésped”, “Milagro en la palabra”), y –otras veces– apostrofa a un “tú lírico”.

Apunto a entenderlo –a leerlo, claro– como un *diario*, porque nos traslada, en ajustada secuencialización, el “relato” lírico de una *travesía experiencial*, existencial, en todo su tránsito (propia de una relación entre un “yo” y un “tú”). Y aquí se advertirá, precisamente, su ajuste con lo que el *diseño* nos apuntaba.

En efecto, el bloque negativo, regido por el [11] de la *disonancia* y el *conflicto*, está modulado por una *melodía de la lamentación*, de modo que la dicción lírica del “yo” –un *sujeto de la privación*- queda atemperada por un temple anímico desolado, por una tonalidad de sentimiento oscura, de la privación, como expresan – si espigamos a vuelo de verso- las palabras más significativas y recurrentes: verbos como “cierra”, “desaparece”, “precipita”, “borrarse”, “oculta”, “destruye”; sustantivos como “vacío”, “abismos”, “oscuridad”, “páramo”; o adjetivos tal “irreal”, “confuso”, “amargo”, “incierto”, “deshabitado”, etc.

Pero ese temple anímico o tonalidad va cambiando ya en el segundo bloque, regido por el [12] –*evolución y transformación*-, cuando al menos se atisba un tránsito hacia la ilusión o la espera esperanzada. Bastaría –para comprobarlo- ir a los títulos de los poemas y ver el realce –ahora- de “milagro”, “celebración”, “asombro”, o la recurrencia de “luz”, de “día”, de “aire”. O el poder de algunos versos (que no necesitan comentario):

*Cuando llegue el momento,
(...) acontecerá la luz que nos es negada.*

Fuente: (“Cuando ese día llegue”)

*Que [la vida] nos sea propicia y nos conforte,
que el deseo renazca infatigable.*

Fuente: (“Oda”)

O –ya en el cierre-:

*Luz (...) que en la mañana nos convoca
y el alma enciende.*

Fuente: (“Tal vez un día”)

Este *diario*, pues, en su secuencialización, en su tránsito de la *negatividad* a la *positividad* (que se espera y que parece anunciarse) marca de hecho en el “yo lírico” –en ese *sujeto de la privación*- un simbólico “morir/renacer” (“soy lo que ha muerto”, dirá), esto es, el dejar –o liberarse- de una forma de vida (y su estado vivencial) para abrirse –despertar- a una transformación, a una evolución positiva, a otro ciclo vital (como, por cierto, señalaba ya simbólicamente el número [12] del *diseño*).

Diario de una travesía existencial – subrayamos- que se abre bien significativamente con el poema “La luz o la nada” (con “o” identificativa, i.e., *luz que es nada*) y se va a cerrar, de hecho, con “Tal vez un día”, una ilusionada declaración (con la cita –ya citada- de Claudio Rodríguez): “Quizás, quizás un día (...) se obre por fin el milagro/ y la vida/ aguarde en su derroche sucesivo”. Luego, ya como final, vendrá una conclusiva (y reflexiva) “Paradoja de ser”.

Libro espléndido, de madurez –como ya apuntábamos al principio- este nuevo poemario de Xelo Candel, acabado en su diseño, hondo y conmovedor en su estructura de sentido. Libro, además, fiel a su *modo* o dicción lírica, a su voz más personal, más auténtica, y que en el lector acierta a cumplir con la *función edificativa* –la que nos ayuda a construir e iluminar nuestra existencia-, propia de la mejor y más alta poesía.

NOTAS

- 1 Ed. Renacimiento, Col. Calle del Aire, 175, 2018.